

Ni una

ADRIANA BERNAL

# GOTA

de HUMIEDAD



e-ñ  
.t.al  
e-ditorial con ñ

*Ni una gota de humedad*  
Adriana Bernal

eISBN: 978-607-98668-0-8

Primera edición electrónica, noviembre 2020  
Copyright DR etalcontenidos SC  
Francisco Márquez 125A, Colonia Condesa,  
Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06140,  
Ciudad de México.

Diseño editorial: Ana Paula Dávila  
Cuidado editorial: María del Rayo Ramírez  
Diseño de portada: Ana Paula Dávila  
Fotografía de portada: Geetanjali Khanna en Unsplash

El proceso editorial de este libro se concluyó  
en noviembre de 2020 y para su composición se utilizaron  
las tipografías Palatino LT y la familia Didot.



GRACIAS POR COMPRAR UNA COPIA AUTORIZADA DE ESTE LIBRO Y POR  
RESPETAR LAS LEYES DE DERECHO DE AUTOR.  
AL REALIZAR UNA DESCARGA LEGAL  
FACILITAS QUE et.al CONTINUE CON SU LABOR EDITORIAL



**e-ñ**  
et.al  
e-ditorial con ñ

Descubre nuestro catálogo en [www.etalcontenidos.com](http://www.etalcontenidos.com)

# **NI UNA GOTA DE HUMEDAD**

**Adriana Bernal**

*e-ñ*  
*t.al*  
e-ditorial con ñ

Entonces se formó un abismo.  
Los trazos sobre un lienzo en blanco,  
un sinsentido.  
Montar a caballo era imposible.  
Hablar, moverse, era cada vez más difícil.  
Vivir era relativo.  
Poco a poco,  
la soledad inminente.  
El vacío y la angustia la consumían  
Día tras día, soltó las riendas.  
No pudo más.  
Con su último suspiro,  
comenzó a sentir de nuevo.

MARÍA FERNANDA BOLAÑOS MARTÍNEZ

# Contenido

- I. INHÓSPITA
- II. OBJETOS ¿VINCULANTES?
- III. MIRADAS
- IV. ¿QUO VADIS, DOMINIQUE?
- V. ELECCIÓN ES DESTINO
- VI. RUINAS
- VII. EL OTRO ENCIERRO
- VIII. ¡TIMBIRICHE!
- IX. EL DÍA DE TU MUERTE
- X. LA SEMILLA DE LA LOCURA
- XI. SANTA CLAUS NADA EN AGUA HELADA
- XII. DE SISMOS Y PÉPLICAS: 19 DE SEPTIEMBRE DE 1985
- XIII. DE CERCA, LA MUERTE
- XIV. YO, ME LARGO
- XV. MILAGRO ENVENENADO
- XVI. EL PRINCIPIO DEL FINAL. Y VICEVERSA
- XVII. ¿RESILI QUÉ?
- XVIII. OTROS CAMINOS
- XIX. OTRO COMIENZO. OTRO FINAL

# I. INHÓSPITA



Frente al umbral, dieciséis años después, no tenía la certeza de poder atravesarlo.

Aquella puerta, a veces muralla, a veces manto, esa tarde parecía infranqueable. ¿Inútil? ¿Era acaso necesario protegerse de la cotidianidad? ¿Sería capaz de adentrarme, desde mi presente, al mundo alterno que alguna vez ofreció?

Frente al umbral, la escisión.

Cuando aquella puerta se cerraba, jamás con cerrojo, la alteridad se hacía presente. Fuera desde mi escritorio o desde mi cama, era confiable construir otros espacios, otras historias y ausentarme del cotidiano. Tras ella, los gritos, la televisión con altísimo volumen, los cuchicheos, los rumores.

Frente al umbral, dieciséis años después.

¿He vuelto? Me trajeron. ¿He vuelto? Volví. Me trajo ella. La realidad. La otra realidad.

No hay tal umbral. No hay puerta. Sólo un marco de cemento que da cuenta de que hubo una. Alguna vez.

¿He vuelto? No hay tal regreso prodigioso. No hay tal hija pródiga. No hay vuelta al hogar. He llegado apenas sostenida por un hilo muy frágil de cordura dolorida.

Frente al umbral, que no es tal, pasado y presente confluyen.

Frente al umbral, tras de él, fabulé cientos de versiones relacionadas con este instante. Aquí, ahora, donde no hay tal lugar, esgrimo la Teoría de la Pérdida, petrificada ante el dolor de su ausencia.

Frente al umbral, dieciséis años después.

¿He vuelto?

¿Cómo se vive cuando quién ha muerto es tu verdugo?

UMBRAL: Palabra para incluir en el Diccionario Familiar.

\* \* \*

Nuestro correlato estuvo marcado hasta el final por el dolor disfrazado de profundo amor. “Es por tu bien” —aunque no lo fuera—, era una de sus frases. Aquello tardé en entenderlo décadas y tras muchas lecturas e incontables sesiones de psicoanálisis. Hoy, poco importa.

Dominique fue quien me enseñó, entre otras muchas cosas, que “pagar es corresponder”. Sin embargo, sus últimos treinta días en este plano fueron los momentos más complejos de nuestro convivir. Y de vivir.

Mientras ella partía —¿a dónde?—. Yo regresaba —¿de dónde?—.

Las explicaciones metafísicas afortunadamente no eran sino fabulaciones acotadas, pues un año antes entre charla y charla con mi madre —a quien veía con cierta regularidad en cualquier otro espacio que no fuera su casa— sin demasiado preámbulo le dije a bocajarro: “Sí voy a estar, madre. No estás sola. Tú no. En cuanto te sea posible, dame un juego de llaves, las traeré conmigo”. Así fue. Los meses transcurrían y de una argolla extra de mi llavero, pendían las llaves antiguas que abrían la puerta de la casa

materna. Antiguas no sólo por añejas y de hierro, sino porque —literal— eran lo más semejante a ese llavero al que aludía el Grillito Cantor. Pesaban. Me pesaban y, a pesar de ello y de lo vivido detrás de las cerraduras, debía estar. Mi educación familiar a la antigüita, dura, firme, que me hizo “una mujer de bien” indicaba que me tocaba estar. Debía estar, pero ¿podría estar? No lo sabría hasta que lo viviera, aunque Dominique había sido contundente: “Pagar es corresponder”.

\* \* \*

“No hay tiempo que no llegue ni plazo que no se cumpla”. Dieciséis años sin girar la llave por la cerradura y, de pronto, en diez días lo hice en dos ocasiones: nueve y cinco días antes de su partida, respectivamente.

Hoy, tres días después de su funeral, estoy aquí. He vuelto a utilizar las llaves. Madre me ha pedido ayuda. Ella se ha ido y lo primero que he hecho es solicitarle al cerrajero de la colonia que cambie la chapa de entrada.

PARTIR: Palabra para incluir en el Diccionario Familiar.

\* \* \*

Dieciséis años después. De golpe. Frente a las escaleras y sus diecinueve escalones hacia el vacío. Atónita. Recuerdo el divertimento infantil de subirlas “de cojito”, zigzagueando como si jugara *Twister*. *De golpe y porrazo*. En aquel entonces, debía sostenerme e impulsarme con una mano, los escalones estaban alfombrados y no es que pudiera “agarrarse vuelo”. Corría el riesgo de que, si brincaba más de lo común, me ganaría un golpe. Otro. De



golpe y porrazo. Autoinflingido. El diseño de la escalera no era precisamente ergonómico. Una sonrisa nostálgica me reconforta. No subo como en antaño. Un paso a la vez. Un escalón a la vez. Reaprehender aquel espacio era algo que debía hacerse de a poco. No de golpe y porrazo.

Llego al segundo piso. Frente a mí una recámara. Aquella que alguna vez fue mi recámara. La de mi primera niñez. Al costado izquierdo su recámara. Dudo en entrar. ¿Realmente quiero seguir adelante? Inhalo decidida a saciar mis pulmones de fuerza esperanzadora y lo que recibo es una bocanada de humedad. La casa apesta a humedad. Un olor muy peculiar entre el encierro, el polvo acumulado, el olor a medicina y maderas viejas.

No puedo moverme. Aquella mi primera habitación niña, no lo había sido en dos décadas y sin embargo, todavía lo es. Ahí sigue la repisa blanca que antaño fungía de juguetero-librero, ya no tan blanca pero con las mismas esquinas garigoleadas con filos dorados, atestada de chucherías: estatuillas de viajes, abanicos, papeles, libros, muñequitos. “Todo cambia para seguir igual”, me digo tratando de entender. ¿Qué quiero entender? Mientras recorro el espacio desde afuera de la habitación, sostengo un soliloquio: “Puedo enumerar exactamente el orden de las cosas ahí aventadas. Sé exactamente que hay en cada estante, en cada puerta, en cada cajón. ¡Carajo! ¿Esto es en serio? ¿Cómo fue que se hicieron esto, que nos hicimos esto?”. En la casa materna el tiempo se congeló hace veinticinco años, por lo menos.

Asomo la cabeza hacia el interior. No me atrevo a dar un paso hacia el interior. ¿A cuál interior? ¿Cuántos interiores habitan un espacio interior? Miro a mi costado derecho. La televisión Sharp de treinta y dos pulgadas cubierta por una densa capa de polvo y una carpetita que alguna vez fue blanca daba cuenta. Cada objeto ahí, da cuenta sin que

nadie se diera cuenta. La parte de arriba del televisor es otro receptáculo para un titipuchal de cachivaches, incluidos montones de llaveros que, a estas alturas de mi vida, ignoro si abren alguna de las múltiples chapas de la casa mas convencida de que, si estaban ahí, era porque alguna vez abrieron algo y “no habría que deshacerse de ellas, porque algún día podrían reutilizarse”. Llaves. Cerraduras. Polvo. Miniaturas. Objetos. Vintage involuntario. Óxido. Moho. Humedad. También en esta familia coleccionábamos óxido. Respiro resignada y camino —por fin— hacia el interior de la habitación a sabiendas de que llegaré al lugar que temía: la última habitación de la casa, la del fondo, esa que fue en mi adolescencia mi segunda recámara. Al fondo de la casa. Al final de esta. Pequeño espacio inhabitable. Inevitable. ¿Y quién carajos es la vida para obligarme a esos recorridos? ¿Me obliga la vida? ¿Me obligo yo? ¿Me obliga alguien?

OBLIGACIÓN: Palabra para incluir en el Diccionario Familiar.

Me quedo en medio. Atravesada por el marco de la puerta que dividía a las habitaciones de la infancia y la adolescencia. Mis opciones son limitadas: a la izquierda infantil, el clóset de mamá; a la derecha adolescencia, el otro clóset que ocupa casi la mitad de la recámara, ahora estudio de Dominique. Clóset. Armario. Las casas pueden ser grandes armarios. Sin armar. Desarmados. Armarios: los grandes acumuladores. Y mientras acumulan, ocultan. Objetos y personas. Dentro, el armario. ¿Afuera? ¿Hay un afuera? Estiro los brazos para sostenerme del librero: levanto la mirada, como para porfiar con la memoria: ahí están, en su caja original y empolvados, mi juego Destreza y el rompecabezas de cinco mil piezas de un paisaje que nunca logré terminar de armar. ¡Me fascinaban los

rompecabezas! Una mueca casi sonrisa se configura en mi rostro. Giro como si generara una panorámica. A oteada de recuerdo, el presente: objetos, fotografías como en un altar, una computadora de los ochenta con su mueble, papeles, papeles, papeles y más papeles. Unos encima de otros. Apilados. Acumulados. Cables, cables, cables. Pañuelos desechables, muchos, dobladitos, obsesivamente utilizados, obsesivamente cuidados para reciclar, “porque cada que usas un *Kleenex* debes usarlo al máximo, han muerto muchos árboles para estos pañuelos y lo menos que debemos hacer como consumidores es usarlos al máximo para que haya valido la pena. Si es que vale la pena”. Ese espacio vacío está lleno. De Kleenex. Para reciclar. Vacíos llenos.

Me siento en cuclillas. ¿Cuántas veces, en esa misma intersección, me senté en la misma posición? Saco de la bolsa izquierda de los pantalones la cajetilla de cigarrillos. Enciendo uno mientras busco el cenicero más cercano. Mi madre dejaba ceniceros por cualquier lado, de cualquier tamaño y, de hallarlo, es muy probable que contenga una o dos colillas. No los vaciaba. Una bocanada de nicotina. Una exhalación profunda.

No soporto el olor a humedad. Abro las ventanas, sacudo las cortinas empolvadas a más. Las recargo hacia el exterior. Que se oreen. Por poco que puedan oreearse. Respirar. Que pueda respirarse. Sin polvo. Sin humedad. Penetrante. El olor es penetrante. ¿Sólo el olor? No tengo respuestas a la andanada de porqués agolpados en mi mente. Vuelvo al clóset. Tampoco es que haya mucho más hacia dónde mirar. Lo recorro. Cuento las puertas, las puertitas y las puertotas. Sé qué hay en cada una de ellas. Y no sé por donde empezar. Pero tengo que empezar.

Mamá me lo había pedido: “Ve tú y encuéntralos. Tú conocías sus escondites. A ti te va a decir dónde están. Tú

lo vas a encontrar”. “¡Cuántas certezas!”, pienso. ¡Han pasado años! ¡Ha pasado la vida! Y yo, miro sin mirar, sin moverme de mi eje, sin saber qué puerta abrir primero. Opciones sobran: siete puertas por abrir en el cuerpo. Del armario: cinco puertas en la parte superior. Del clóset: cuatro cajones, seis repisas. Doce jaladeras doradas. Un armario. Una vida. Al interior, en cada poro de la madera, del armario: Dominique.

“¡Que alguien llame al Ejército de Salvación, por piedad!”. Y, después de pensarlo, suelto tremenda carcajada. “Eso se necesita acá: ¡un ejército!”, grito a sabiendas de que no soy escuchada. Y se burlarían. “¿Por qué piensas en el Ejército de Salvación?”, dirían. “¿Por qué no?”, respondería yo. Lo obvio es simple. ¿A quién quieren llamar? ¿A una casa hogar? ¿Van a organizar una venta de garage? ¿Ustedes? ¿Quiénes? ¡El Ejército de Salvación! ¡Já! Mi chiste sólo lo entiendo yo. Pero poco importa. ¡Hay tanto que importa tan poco! En este jodido instante tengo de dónde escoger y puedo, además, elegir. En mis manos están los objetos, los recuerdos y la decisión de con qué quiero toparme primero: ¿Habrá cambiado algo con los años? ¿Cuánto habrá aumentado el guardarropa? ¿Estaría dañado algo por la humedad, por el moho de las paredes?

No olvido la petición de mi mamá, pero mi pulsión es otra. Necesito ir al clóset de Dominique y abrir la primera puerta delgadita, de izquierda a derecha. Abrir sólo la primera puerta y saber que siguen ahí sus trajes de montar y de esquiar. Sus trajes. Su promesa de que serían para mí. Sólo para mí. Sus objetos fetiche que serían míos por herencia. Su significado: la posibilidad de otra historia. Trunca. Incompleta. Aprendí a querer esa vestimenta como si fuese propia y a venerarla: “Serán tuyos, sólo tuyos, cuando yo ya no esté en este mundo”, me decía, “con lo que implique, con lo que signifique”. ¿Y para qué los quiero

ahora? ¿Qué haría con ellos? ¿Ese significado tan introyectado, tan inventado, es realmente, hoy día, un significado real? ¿Esas prendas dejadas en prenda, me significan? ¿Qué voy a hacer con ellas? ¿Por qué la pulsión es ir hacia las prendas cuando, de encontrarlas, no serían sino la constatación de que ahí seguían? ¿Seguía ella en éstas? ¿Para qué quiero las prendas? ¿Prendas en prenda? Y mis manos y piernas se mueven entonces justo al lado opuesto del armario.

Avanzo los dos pasos necesarios. Literal. Estoy dentro del ahora estudio, por llamarlo de algún modo. Lejos está de merecer un sustantivo tal. Un mueble de oficina, una silla con ruedas de 1960, un lapicero y cajones atestados de papeles no hacen de una habitación un estudio. Respirar. Intento respirar dentro de ese espacio. Mano derecha a la jaladerita dorada de la izquierda, la primera jaladerita y, con valor, abrir la puerta para encontrar, para tirar, para recordar: el olor se me impregna en la nariz. Toso. “Pucha, a ver si es cierto que algo de lo que hay aquí adentro, sirve”, pienso. “A ver si no voy a acabar tirando todo a la basura...”, y clavo la mirada al fondo del armario. La pared se está descarapelando, la pintura parece piel hecha jirones: una maleta azul *Samsonite*, dos bolsas de plástico de *Aurrerá* con *casetes*, una caja antigua de los cincuenta con una máquina de tubos eléctricos en el piso y arriba colgados cien ganchos para ropa oxidados con diversas prendas, en su mayoría cubiertos por una bolsa plástica amarillenta; otras más, fueran portatrajes, fundas de plástico —o lo que queda de ellas—, me hacen imaginar lo peor: la ropa estaría carcomida, quemada, hongueada, apestosa, quizá.

La vida corre en cámara lenta. Descuelgo uno a uno los ganchos. Conforme los acomodo encima del sillón, reconozco cada una de las prendas en ellos. Algunas están

para tirarlas; otras, para la beneficencia. Uno sobre otro, los recuerdos; sacos y blusas de memorias. Pantalones para vestir el pasado. Kaftanes bajo los que cabían inmensidad de miedos. Bolsas plásticas, faldas con etiquetas, nuevas, negras y café. Me desespero, ¿dónde está lo que busco? Cada gancho descolgado, una esperanza y una frustración. “¡Que no sea este porque está desecho!”, digo para mí. “¿Y si no están aquí?”, pensaba. “¡Tienen que estar!”, me exigía. Ese orden es otro orden. Obsesivo. Milimétrico. Por colores.

La última puerta. El último espacio. El último gancho, acomodado en un resquicio de la sección del armario. Esa división, según yo, era la destinada al gusano de la aspiradora. Fijo mi mirada en la esperanza: una enorme bolsa blanca con morado de *Suburbia*, muy ancha y pesada. La descuelgo. El gancho es de plástico. Abajo de esa bolsa una más: transparente, de Tintorerías Real. Abajo de esta, una más, de plástico transparente, grueso, y por fin, abajo de esta aparece lo que creía perdido: el pantalón de montar beige, la casaca negra; abajo de esta, la chamarra verde olivo con forro floreado café con beige los pantalones del mismo color para esquiar. Ahí, también están cada una en su bolsa *Strover* con jareta y las botas negras de montar con su correspondiente horma de madera y metal. Es increíble, más de cincuenta años guardadas y se conservan sin una mancha, sin una gota de humedad.

¿Y para qué querría yo encontrar aquello?

¿Y para qué lo necesito, aun sin ni una gota de humedad?

Sí, están ahí. Ellas, las prendas.

Sí, estoy ahí. Yo, en prenda.

HUMEDAD: Palabra para incluir en el Diccionario Familiar.

## II. OBJETOS ¿VINCULANTES?



Dispersa y ceñida a la atmósfera atemporal, el timbre del teléfono celular me regresa de golpe al presente inmediato: “Tara ra rán, pum, pum; tara ra rán, pum, pum... aquí es la casa de esta/ familia muy normal”. Mi madre. El *ring-tone* de mi madre. Cuando ese timbre va de menos a más, no cesa ni se silencia hasta que se toma la llamada por vacua que resulte —o no— la “conversa” posterior.

Madre vocifera en tono soprano dramática:

—Dime que los encontraste. Porque los encontraste, ¿verdad?

Alterada desde días atrás, habla a trompicones, en hipérbaton y a gritos. Está desquiciándose:

—Cálmate, madre, por piedad, cálmate. No he encontrado nada aún; bueno, sí, sus trajes.

Sumo rabia y angustia a su estado de ánimo.

—¡Qué bien que encuentras lo tuyo, encuentra lo que no lo es! ¿No dimensionas lo que va a pasar como no aparezca todo lo demás? ¿Sí te das cuenta? ¿Entiendes? ¡Caray, lo único que se te pide!

¿Por qué no se me iba la señal, me quedo sin crédito o le cuelgo? Pasmada, al otro lado de la línea miro alrededor, al techo, como esperando una señal divina. Una especie de

milagro que me libre del chirrido verborrérico de madre al otro lado de la línea. No para de hablar y yo sólo atino a dar vueltas sobre mi propio eje, a la espera de que se fundan realidad y ficción y aparezca esa flecha, ese foco que soluciona los entuertos en las caricaturas.

—Silencio madre, por un segundo. ¿Me dejas hablar? Un segundo. ¡Mamá, mamá! Dios, por favor, ¡Mamá!

Ella no escucha:

—¿Y las llaves?, ¿dónde están las llaves de las puertitas?

Es inútil, no escucha. Su propio discurso, su propio punto de vista. Su propia preocupación. Su propia historia. Su muy particular versión de la historia. *As always*.

—Má, má, por favor, cállate un segundo. Las llaves, ¿dónde están las pinches llaves?

Y no escucha. Viro la mirada, desesperada, con el teléfono lejos de la oreja y me topo con el montón de llaves, carcajeándose de mí. Están ahí, donde de común estaban. Sobre el asqueroso, polvoriento y enorme televisor Sharp. Tan inamovibles. Tan eternas. En su acumulada obviedad.

—Má, má. Ya las vi. Me encargo. —Cuelgo.

¿Podría escapar de este círculo vicioso? ¿Sería capaz de soslayar el pasado centrándome en el presente? ¿Entrábamos a la mierda, salíamos o nos revolcábamos en ella? ¿Cómo podría ver este espacio, recorrerlo, habitarlo, sin sentir que estoy atrapada en el reflejo de un espejo?

Dentro de mí se incubaba una batalla para la cual no estoy preparada. Apenas y reconozco que el proceso de duelo se ha suspendido en el aire y sus volutas humeantes con olor a nicotina acompañadas de sorbos de café forman nubes amenazadoras.

AMENAZA: Palabra para incluir en el Diccionario Familiar.



¿Qué carajos me ocurre? Aparto los trajes y los coloco en el barandal de la escalera. Con el amasijo de llaves entre las piernas, me siento en flor de loto en medio de la recámara infancia. Pensé en jugar matatena. Separar las llaves es el primer paso: por llaveros, por óxido, por tamaños. Las de coches, las de maletas, las de puertas. Las cortas. Las largas. Cada llave una historia. Cada puerta asegurada un secreto. Cada cerradura dentro de casa un secreto pero también una posibilidad.

Los escondites de Dominique eran tan complejos como obvios: “El mejor escondite es aquel que está a simple vista”, decía y, aún así, si provenía de ella nada era simple. Nada. Tajante y de absolutos, lo más sencillo resultaba un galimatías comprensible con no poco esfuerzo: “El peor defecto de las personas es la estupidez. Tú crecerás de mil maneras, pero sobre mi cadáver, estúpida. Estúpida, no.”, como si la escuchara decir.

Un proceso: Buscar. Encontrar. Entregar. Cortar. Partir. Procesos. Somos procesos. No quiero este proceso. Buscar. Encontrar. Entregar. Cortar. Partir. Sí quiero este proceso. Buscar. Encontrar. Entregar. Cortar. Partir.

Buscar y encontrar reliquias de su familia que le pertenecen a personas que hoy, salvo sus honrosas excepciones, no me importan. No me importa su pérdida, no me importan sus vidas, no me importan sus historias. Me da igual si viven o mueren. No me importan sus cosas, pero me importa que esas cosas les pertenecen. Y en realidad, tampoco les pertenecen. Dominique quiso que les pertenecieran más no lo merecen. Y lo digo con toda la saña que el verbo *merecer*, carga en sí.

“Si yo fuera Dominique, ¿dónde guardaría las reliquias de su familia?, ¿seguirán en la casa? ¿Y si se las robaron?”. “¡Claro, dos mujeres mayores, solas, en esta casa! ¿Y si las personas que han entrado a hacerles remodelaciones, a

cuidar a Dominique, no eran confiables; o si justo por confiables se excedieron y abusaron?”. ¿Desde cuándo me atormenta la desconfianza?

DESCONFIANZA: Palabra para incluir en el Diccionario Familiar.

Buscar y encontrar. Quince lugares posibles. Quince chapas. Cientos de llaves. Cúmulo de angustia. Fastidio. Recuerdos. ¿No dije, no me dije, que esto, justo esto era de lo que yo quería escapar? ¡Qué se vayan al carajo, ellas, sus chingaderas y sus familiares! ¡Son pinches objetos! ¡Sólo objetos! ¡Claro, ahora que está muerta hay que entregarles lo que les pertenece por herencia! ¿Herencia, realmente nos vamos a sentar a la mesa a hablar de herencias? Si salvo dos o tres personas, me dan ganas de decirles tres que cuatro frescas. ¡Por algo Dominique no les dio un carajo en vida, necesitaba garantizar que al menos le echaran un lazo, por ejemplo, a cambio de la pulsera de la bisabuela! Unos ni así.

Las horas transcurren. Me muevo de un lado a otro. Le atino a alguna llave, abre cerraduras. Encuentro infinidad de objetos míos, de mi madre, de Dominique. Ninguno tan antiguo como los que necesito. Detalles de una vida. De nuestra vida en conjunto. Mis primeros aretes, mis anillos de compromiso y de boda, esos que son de Tesia, pero que están también aquí, en casa de madre, bajo llave. Las peinetas, los camafeos. Sus cigarreras. Los testamentos.

Su testamento: dos páginas. “Yo, Dominique Apodaca dejo todas mis pertenencias a Dominga Giménez; si ella faltase, a Valentina Marín Giménez y, si ella faltase también, a su hija Tesia Marín Marín”. ¡Joder!, asunto arreglado, si nada aparece, todo es de mi madre, luego mío y luego de mi hija, ¡al carajo sus parientes! Vaya, pues ya